

Flavio la cotorra: Por Glen Hernández

En un pueblo del Sur de América, existía una cotorra llamada Flavio. La pequeña ave nació en una región no muy poblada; era de plumas verde claro brillante, con pigmentos azules en las alas y una tonalidad grisácea hacia el pecho; poseía un pico, que a simple vista, daba la impresión de ser delicado; un animal con patas fuertes y firmes sobre la rama del árbol más alto de todo el lugar. Era hermoso como la naturaleza misma. Todos los habitantes de esta zona lo adoraban, más allá de su belleza, él tenía una particularidad, lograba identificar sucesos e informarlos. Como toda cotorra, Flavio repetía las palabras escuchadas anteriormente, pero no solo las aprendía sino comprendía por qué las decían y cuándo él debía decirlas. Por ello, el pájaro desde la cima de aquel árbol, avisaba a todos los vecinos cuando algo sucedía, si robaban, gritaba “¡Auxilio! ¡Auxilio!” y todos salían para ayudar a quien lo necesitase. Así como esa palabra, aprendió: Un palo de agua, semillas, herido, turistas, entre otras.

A pesar de ser una especie que le gusta andar en grandes comunidades cuando se encuentra en libertad, Flavio consideraba a los humanos su familia y estaba siempre alegre cumpliendo su labor de informar sobre las cosas que sucedían. No estaba atrapada, sus alas podía alzar vuelo hacia el horizonte sin barreras frente a sus ojos, pero él decidía estar ahí, un decisión mantenida durante quince años.

Un día, el ambiente se tornó denso, el aire mostraba rasgos de incomodidad, la tierra se estremecía con el contacto de cuatro ruedas a ochenta kilómetros por hora aproximándose al pueblo. Una familia acababa de comprar una casa que estuvo en venta por mucho tiempo y era hora de mudarse. Los Domínguez, una hija con poca educación y rebelde, un hijo mayor de edad con malas costumbres, una mujer mentirosa, la esposa del Sr. Domínguez, experta haciendo berrinches, y el Sr. Domínguez, un hombre avaricioso con ansias de poder. Juntos se convertían en la fórmula perfecta del desequilibrio.

Los habitantes del lugar, eran personas colaboradoras y amigables, conocían la importancia de saber vivir en una comunidad. Cada uno tenía sus diferencias, pero eran tan minúsculas que difícilmente podían notarse. Ellos, gentilmente, se acercaron a darles la bienvenida a los Domínguez, pero a cambio recibieron un desprecio por parte de ellos. Días después, el Sr. Domínguez abrió un local de semillas, los vecinos se emocionaron al enterarse y fueron a comprar para sembrar en sus parcelas. Como el pueblo quedaba alejado de la ciudad, eran horas de viaje para poder comprarlas allá, así que los agricultores esperaban a un camión que iba al pueblo, cada cierto tiempo, y compraban todo el material necesario para sembrar.

Al ver la tienda del nuevo del pueblo, imaginaron que sería un avance, pero resultó ser todo lo contrario. Todos los productos del señor Domínguez eran muy costosos, los vecinos solo lograban

comprar la mitad de las semillas que necesitaban. Una tarde, Flavio comenzó a gritar “Semillas, semillas” aviso al que todos salieron despavoridos, pero el camión nunca llegó. Los agricultores se extrañaron, Flavio se había equivocado por primera vez. Al pasar los días, un niño cae de su bicicleta golpeando gravemente su brazo, de nuevo la cotorra anunció “herido, herido” y automáticamente fueron a ayudar, pero la hija de los Domínguez ya se encontraba brindándole atención al pequeño. No comprendían cómo había sucedido, pero no le dieron mayor importancia.

En una noche de abril, cuando las chicharras atormentaban el desfile de la luna; los Domínguez capturaron al ave de plumas verdes y le pegaron el pico, Flavio había sido silenciado. Transcurrieron semanas sin que el pájaro diera un anuncio, hubo un silencio total durante ese tiempo. Tras la ausencia de información por parte del único medio que tenían los habitantes de la localidad para enterarse de las cosas, el equilibrio del pueblo desapareció y la armonía se fue cuesta abajo. Sin Flavio para indicar, con su alegre cantar, cuando se acercaba “un palo de agua”, los vecinos no podían resguardar bajo techo, a tiempo, aquellos materiales y artículos que no podían ser mojados, perdiendo así muchos de ellos con las lluvias; sin la cotorra gritando “auxilio, auxilio”, muchas personas fueron despojadas de sus pertenencias sin que nadie interviniera para evitarlo; sin el ave en la cima del árbol, observando para avisar “herido, herido”, no era posible asistir de inmediato a una persona lastimada en cualquier parte del pueblo; sin ese pequeño de pecho plateado carreteando “turista, turista”, nunca estarían listos los preparativos para recibirlos. El pueblo estaba sumido en una tragedia y todo, porque Flavio no podía hablar.

Los Domínguez no solo eran los responsables de pegarle el pico a la cotorra, sino del resto de las cosas también; los heridos eran provocados por la hija, lastimando a todos con sus travesuras de joven rebelde; los robos venían de la mano de su hijo, quien no perdió la maña de guardarse las cosas ajenas; los turista fueron disminuyendo por el comportamiento escandaloso e insoportable de la esposa; y la ausencia del camión de semillas en el pueblo, era culpa del Sr. Domínguez, quien compraba todo el camión kilómetros antes de llegar allá para vender los productos más costosos, luego en su tienda. La única forma de salirse con la suya, era silenciando al pequeño Flavio. Aún con el pueblo cuesta arriba, nadie se preocupó por saber qué había pasado con la cotorra. Mientras los habitantes ignoraban la importancia de la información, los Domínguez seguían saliéndose con la suya, nadie decía nada y todo se transformaba en una situación habitual.

Una mañana, el ave de plumas verdes brillantes y pecho plateado, encontró otra forma de demostrar a todos cuan mal estaba la situación. Mientras el alba aún acariciaba la montaña, aquella pequeña ave abandonó la cima del gran árbol donde llevaba quince años montada. Sin poder hablar y triste en el olvido, Flavio abrió sus alas para no volver nunca más al pueblo donde nació. Esta vez, no decidió quedarse.